

CAPÍTULO XXV

EMPERADORES COLEGAS

Apenas hubo consolidado su autoridad en Roma, marchó Diocleciano contra los germanos y bretones: luego se dirigió á Oriente donde urgía más su presencia (1.º de abril 286); pero antes de partir asoció al imperio á Maximiano, aldeano de las cercanías de Sirmio, una de las mejores espadas de la época, si bien cruel y perverso hasta el punto de que Diocleciano pudo parecer generoso, interviniendo para moderar sus actos de severidad, acaso después de aconsejárselos él mismo. Maximiano tomó el nombre de Hércules, Diocleciano el de Jovio. Profesaba el primero gran respeto á Diocleciano considerándole como un genio superior; necesitaba el segundo del valor de su colega enemigo de tantos enemigos frenéticos de ira (292). A fin de poder hacer frente á todas partes, Diocleciano subdividió además la autoridad, escogiendo para darles el título de césares, á dos generales experimentados: Galerio, pastor de nacimiento y de sobrenombre, y Constancio, noble, denominado Cloro á causa de su extraordinaria palidez. Maximiano dió á este último una hija en matrimonio, y Diocleciano otra á Galerio. De este modo dividieron entre ellos, si no la administración, la defensa del imperio. Confiáronse á Constancio la Galia, la España y la Bretaña, y residía como corte en Tréveris de Bélgica ó en Eboraco (*York*) de la gran Cesariana; á Galerio las provincias de Iliria junto al Danubio, la Mesia superior, la Macedonia, el Epiro, la Acaya, teniendo por capital á Sirmio; á Maximiano parte del Africa, la Italia con las dos Retias, las dos Nóricas y la Panonia; Diocleciano se reservó la Tracia, el Egipto y el Asia. Sin embargo, este acomodo no produjo el efecto de destruir la unidad monárquica, porque aquellos que Diocleciano se había agregado, miraban sin oposición como el primero y un *gran Dios* á aquél á quien debían su encumbramiento. Obrando con

un concierto no común entre los poderosos, único entre cuatro guerreros, de patria, de edad y de carácter diferentes, se asistían recíprocamente con sus consejos y sus brazos; fueron vigiladas más de cerca las provincias, y las legiones aprendieron á respetar la vida de sus jefes, viendo que no hubiera producido ningún resultado el asesinato de uno de ellos.

Carausio emperador británico.—Maximiano exterminó en la Galia á los plebeyos que con el nombre de bagaudos se habían insurreccionado contra la opresión de los ricos; pero Carausio, ciudadano obscuro de la Menapia, investido con el mando de la escuadra estacionada en Gesoriaco (*Boulogne*) para defender la Bretaña de las incursiones de los francos, los dejó pasar á la isla, y de allí se entregaron al saqueo; cayendo después sobre ellos á la vuelta les despojó de su botín (287). Temerario entonces del castigo sublevó á los insulares y tomó el título de Augusto. Sostúvose en el país por espacio de siete años contra los caledonios y los romanos. Había aislado á la flor de la juventud franca, á la cual ejercitaba en las maniobras de mar y tierra, y haciendo el corso con sus naves, asolaba las costas del Océano hasta las columnas de Hércules.

No pudiendo someterle Maximiano por falta de naves, celebró con él un acomodo, por cuyo texto le cedió la soberanía de la Bretaña con los honores imperiales. Posteriormente Constancio comenzó de nuevo las hostilidades; pero en lo más reñido de la lucha supo que Carausio había sido asesinado por Aleto (294), quien le sucedió en su poder vacilante. Poco tiempo después fué vencido este último por Asclepiodoto, general de Constancio, y tornó á ser incorporado al imperio la Bretaña (297).

Encamináronse á Milán Maximiano y Diocleciano, el primero desde la Galia y el otro desde la

Arabia, á fin de ponerse de acuerdo sobre los medios de defensa, siendo cada vez más amenazador el peligro en presencia de los bárbaros, que multiplicaban sus irrupciones por todas partes. Los godos habían sometido á los borgoñones, á los vándalos, á los gépidos: los blemos estaban en guerra con los etíopes y los moros. Cuando los persas daban tregua á sus discordias intestinas, se lanzaban sobre la Mesopotamia y la Siria. Habíanse ligado los quincuagentanos de Africa contra Roma. Marco Aurelio Juliano en Italia y Aquileo en Alejandría, habían tomado el título de emperadores; pero los esfuerzos reunidos de los cuatro soberanos pudieron orillarlos todo. Constancio afirmó la dominación romana en Germania; Diocleciano domó á Aquileo y el Egipto, castigando severamente al país (1), del cual cedió una parte á los nubios para oponer una barrera á los blemos. Maximiano pasó de las Galias á Africa para someter á los moros.

Fué más importante y gloriosa que otra alguna la expedición contra los persas. Cuando estos subyugaron la Armenia bajo el reinado de Valeriano, Tirídates, hijo de Cosroes, que acababa de ser asesinado, fué puesto en salvo por algunos amigos. Educado en Roma en la escuela del infortunio, pudo amañarse allí en las artes de la paz y de la guerra, y adquirir amigos. Dueño de la Armenia el extranjero durante este período, la hermo-seaba con magníficos monumentos; mas no por eso aparecía menos odioso á los ojos de los habitantes, en virtud de las medidas tiránicas que le inspiraba el temor de revoluciones y más especialmente á consecuencia de su intolerancia, que después de haberle inducido á derribar las estatuas del sol, de la luna y de los reyes divinizados, le inclinaba á encender el fuego de Ormuz sobre la cumbre del monte Bagavo.

En el tercer año de su reinado confirió Diocleciano á Tirídates el trono de Armenia. No bien se presentó este príncipe en la frontera, se agrupó toda la nobleza entorno de su estandarte: fué expulsada la guarnición persa y se prepararon todos á defender la independencia nacional. Auxiliólos en su empresa un escita llamado Mango, cuya tribu se había instalado algunos años antes en las fronteras del imperio chino, que se extendía entonces

(1) La famosa columna de Tolomeo en Alejandría, cuya caña es de una sola pieza de granito rojo y tiene treinta metros de longitud y tres de diámetro, se eleva sobre un basamento cargado de adornos del gusto del tercer siglo, y conserva una inscripción que durante mucho tiempo se ha reputado como ilegible. Al fin Leake y Hamilton la descifraron lo bastante para afirmar que se había erigido en honor de Diocleciano, dios tutelar de Alejandría (*πολιούχος Ἀλεξανδρείας*), en aquella ocasión probablemente, por ser costumbre de los pueblos encomiar la clemencia de los príncipes que no les matan del todo. Mas no por esto debe creerse que sea obra de aquella época dicha columna. (Véase *Classical Journal*, XIII, 152.)

hasta la Sogdiana. Incurriendo en la cólera de Vu-ti, príncipe á la sazón reinante, se retiró hacia el Oxo, á se puso bajo la protección de Sapor. Este príncipe por no hacer traición á la hospitalidad se negó á entregarle á los chinos, y sólo evitó la guerra prometiendo confinarle al extremo occidental de sus estados. Señalóse, pues, un inmenso territorio deshabitado en la Armenia á la tribu escita, para que se transformase allí á su albedrío y con ayuda del tiempo. Pero en estas circunstancias en vez de defender Mango á su huésped, se unió á Tirídates y le auxilió poderosamente para recuperar su reino.

No sólo libertó el príncipe armenio su país de los persas, sino que avanzó en sus excursiones hasta la Asiria, aprovechándose de la agitación que alimentaban allí las disensiones entre los dos hermanos Ormuz y Narses: á pesar de haber solicitado aquel la asistencia de los bárbaros que moraban á orillas del mar Caspio, salió vencedor éste. Entonces dirigió todos sus esfuerzos contra Tirídates, que destronado otra vez, se vió en la necesidad de refugiarse á Roma (294).

Reclamaban igualmente la guerra el honor y seguridad del imperio, y para dirigirla estableció Diocleciano su residencia en Antioquía; pero menos dotado de valor que de destreza, confió el mando del ejército á Galerio, quien se adelantó contra Narses, y fué batido cerca de Carres, en el lugar ya testigo de la derrota de Craso. Humillado por los desdenes con que le abrumó Diocleciano, reunió nuevas fuerzas; y vencedor esta vez cogió á Narses un inmenso botín con una multitud de prisioneros, entre cuyo número se hallaron las mujeres y los hijos de Narses. En vista de aquel desastre demandaron la paz los persas, y la obtuvieron á condición de ceder á los romanos la Mesopotamia, y cinco provincias más allá del Tigris, de modo que el Araxes formara la frontera de ambos imperios. Tirídates ascendió nuevamente al trono y devolvió á Narses sus mujeres y sus hijos.

Fué más larga la paz que de costumbre, pues se mantuvo hasta fines del reinado de Constantino. Mucho ganaron los romanos en verse seguros por aquella parte, y especialmente con la alianza de los carducos, tales como los había encontrado Jenofonte, es decir, valientes defensores de la libertad, y por el lado de la Iberia, comarca estéril y salvaje, pero cuyos habitantes, feroces guerreros, debían oponer una barrera á las hordas sarmatas, á quienes el amor al botín atraía por intervalos á las ricas comarcas del Mediodía.

Para la defensa de sus fronteras estableció Diocleciano, desde Egipto hasta el territorio de los persas, una línea de campamentos provistos de buenas armas, que suministraron los arsenales recientemente formados en Antioquía, en Emesa y en Damasco: ejecutó lo mismo desde la embocadura del Rin hasta la del Danubio por medio de los antiguos campamentos y de nuevas fortalezas, tan perfectamente dispuestas, que nunca se aven-

turaron los bárbaros á traspasarlas, distraídos además por sus disensiones intestinas, que Diocleciano sabía fomentar para agotar sus fuerzas. Pero cada vez que suspendieron sus luchas para arrojar al territorio romano, encontraron allí para repelerles las felices disposiciones de Diocleciano y el brazo de sus colegas. Este hacía distribuir los prisioneros entre las provincias, reservándolos especialmente para aquellas cuyos habitantes habían sido diezmados por la guerra, á fin de emplearlos en guardar rebaños ó en la agricultura, y á veces también en la milicia. Esto equivalía á alimentar una serpiente en el propio seno.

Cambio de constitución.—No pareciéndole á Diocleciano conveniente la situación de Roma para la defensa, estableció á su colega en Milán, que alzándose al pie de los Alpes, ciudad populosa, bien construida, con circos, teatros, fábrica de moneda, palacios, termas, pórticos adornados de estatuas, y un doble muro, le permitía vigilar más de cerca á los bárbaros de la Germania. Escogiendo después para sí propio el punto de Nicomedia, en los confines de Asia y Europa, se dedicó á hermosearla, y en pocos años rivalizó la nueva residencia imperial con Roma, Alejandría y Antioquia. Aquella mansión gustaba mucho á Diocleciano cuando estaba cansado de Roma, de su insolente plebe, y de su Senado que todavía pensaba en abrogarse algunos derechos, cuando todo se plegaba ante la omnipotencia de la espada. Fuera de Roma los augustos podían desplegar en los campamentos y en los consejos de las provincias una autoridad absoluta. Acerca de la confección de las leyes no consultaban más que á los ministros, sin referirse, ni pedir parecer al gran consejo de la nación. A fin de arrancar á aquel cuerpo hasta las últimas apariencias de consideración, permitió Diocleciano á su colega dar vado á su ferocidad, castigando conspiraciones imaginarias. Los pretorianos que, conociendo cuanto decaía su importancia bajo aquella administración vigorosa, se inclinaban á prestar ayuda al Senado, fueron disminuidos en número y privados de gran parte de sus privilegios. Dos legiones ilirias les substituyeron para custodiar á Roma, bajo el nombre de jovianos y hercúleos.

Ya no parecieron necesarios los nombres de cónsul, de censor, de tribuno para ejercer bajo designaciones republicanas una autoridad que había destruido la república. El emperador, que ya no era general de los ejércitos de la patria, sino jefe del mundo romano, fué llamado *dominus*, no solo por los aduladores, sino también en los actos públicos, con títulos y atributos divinos (2).

(2) En 1856 se encontró la estatua de Cayo Saturnino en Roma, teniendo escrito en la base su *cursus honorum*. Aquella serie de grados por que pasó, hubo de dar mucho que hacer á los eruditos; y de allí se desprende á la vez la importancia de aquella *epigrafía jurídica* que hemos men-

Reconociendo quizá que al pasar por manos viciosas, á antojo del ejército, la autoridad imperial había decaído en la opinión considerablemente, y cuán imposible era volverla á su principio, pensó Diocleciano en renovar su esencia. Como no era italiano, no sentía arrancar á su patria una supremacía comprada á costa de tanta sangre. Habitado en los campamentos á la disciplina que no razona, y al esplendor que fascina las almas, lo amoldó todo al uso oriental. A aquella sencillez que habían conservado los emperadores virtuosos en sus vestiduras, en su trato interior y en las públicas audiencias, porque solo se consideraban como los primeros ciudadanos, substituyó el fausto asiático, y tomó la diadema que había costado á Cesar la vida. Seda, oro, pedrerías, cubrieron de pies á cabeza su sacra persona; las *escuelas de oficiales domésticos* custodiaron las avenidas del palacio, donde comenzaron á anudarse las intrigas de los eunucos. Todo el que en medio de aquella chedumbre, y después de un ceremonial interminable, se acercaba á la majestad del emperador, debía prosternarse en muestra de adoración, como los persas ante el representante de la divinidad en la tierra. Así el trono en que se asentaba con tanta sencillez Augusto, había recibido á un Ciro, á un Sesostris, á un autócrata, que á beneficio del ministerio y de la pompa con que se rodeaba, pretendía imponer respeto á las gentes de guerra y sujeción al pueblo.

Dos emperadores y dos césares multiplicaban aquellas exterioridades fastuosas, así como los empleados, los sirvientes, y todos aquellos cuyos oficios reclama el lujo. Rivalizando entre sí en esplendor las cuatro cortes, se aumentaron por una parte las intrigas, y por otra los impuestos: de consiguiente, mientras subsistió el imperio, nunca cesaron de alzarse quejas sobre la aprobación de las contribuciones. Si las medidas indispensables para el sosiego interior y para la defensa exterior eran ahora más ejecutivas, el sentimiento de la unidad se debilitaba, y los ánimos se preparaban para la distribución que se efectuó más tarde é hizo de uno dos imperios.

Aunque la culpa recae sobre Diocleciano, como autor del nuevo sistema, justo es decir que procedió moderadamente en todas sus reformas. Continuó haciendo al pueblo las distribuciones acostumbradas; pero queriendo durante una carestía, fijar los géneros á un precio barato, solo consiguió que fuera más subido. Debióronsele suntuosas construcciones en Milán y en Cartago, independientemente de las de Nicomedia, y de las termas con que embelleció á Roma, magnífico edificio donde podían

cionado en el tomo primero pág. XXXII, en virtud de la cual se han alcanzado en estos últimos tiempos muchos conocimientos relativos á la vida civil y á la constitución de la Roma imperial, mejor que en virtud de los palimpsestos, exceptuando los de Cayo.

bañarse tres mil personas, y al cual reunió la biblioteca de Trajano. No hubiera sido, pues, tan odiosa su memoria á no haber perseguido con extremada ferocidad á los cristianos.

Con justicia se atribuyó en el vigésimo año de su reinado los honores del triunfo (17 de Noviembre 303), y al ver el pueblo romano llevar las imágenes de los ríos y ciudades persas todavía no avasalladas, las de los hijos y la mujer de Narses, pudo hacerse ilusión acerca de la eternidad de Júpiter Capitolino.

Pero ¿podían mirar los romanos con buenos ojos al que había arrebatado á su ciudad el privilegio de ser la capital del mundo? Desaparecía la magnificencia con que se rodeaba Diocleciano ante la de los triunfos de Carino y otros; así disparaban contra el autócrata frases picantes é insostenibles para su orgullo: acreditó todo su despecho abandonando repentinamente las siete colinas, sin aguardar el próximo día de entrar como cónsul en el ejercicio de sus funciones.

Habiéndose dirigido entonces hacia las provincias de Iliria contrajo allí una enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro. No obstante consiguió restablecerse, mas no sintiéndose con bastante robustez para sostener la carga del imperio resolvió abdicar, no por filosofía, como los Antoninos, ni por cansancio de las contrariedades experimentadas, como Carlos Quinto, sino con un pensamiento de bien público.

Desde lo alto de un trono erigido en medio de la llanura, cerca de Nicomedia, declaró su resolución al pueblo y á los soldados, nombrando césares á Maximiano Daza y á Severo (4 de mayo de 305). Maximiano abdicaba en Milán el mismo día cumpliendo el juramento con que se había comprometido de antemano con su colega. Diocleciano se retiró á un suntuoso palacio que había mandado construir en Salona, en el sitio donde se alzó después Spalatro (3). Allí vivió nueve años en una condición privada, respetado, y consultado por los príncipes á quienes había cedido el imperio. Solía exclamar á menudo: *Ahora vivo; ahora contemplo la hermosura del sol*. Cuando Maximiano, que se había retirado á la Lucania, le estrechó para que tomara el poder nuevamente, obtuvo por respuesta: *No me darías ese consejo, si vieras las excelentes lechugas que he plantado por mi mano en Salona*. Cuando le ocurría reflexionar acerca de los peligros que rodean á un soberano, decía: *¡Cuántas*

(3) La catedral de Spalatro está fabricada sobre el lugar donde tuvo asiento un templo de Esculapio. El de Júpiter fué también transformado en iglesia. Aún queda del palacio de Diocleciano, de construcción muy sólida, un pórtico sostenido por columnas de granito, á cuya entrada hay una esfinge de sienita. También se ven en Spalatro las ruinas de un gran acueducto hecho de piedras enormes y tres bellísimas puertas. En 1828 asignó fondos el emperador de Austria para formar un museo con las antigüedades halladas tanto en Spalatro como en Salona.

veces se ponen de acuerdo dos ó tres ministros para engañar al príncipe, que separado del resto de los hombres, rara vez llega á informarse de la verdad, ó no la sabe nunca! No viendo, no oyendo más que por los ojos y los oídos ajenos, confiere los empleos á hombres viciosos ó incapaces, descuida á las personas de mérito; y aunque sea sabio, permanece como presa de cortesanos corrompidos.

Muerte de Diocleciano.—Sin embargo, perturbaron su soledad los disturbios que se suscitaron en el imperio, las desgracias de su mujer y de su hija, algunas injurias recibidas de sus sucesores; y hasta se dice que se quitó la vida casi á los ochenta años.

Constancio y Galerio.—No bien se dejó de sentir la mano robusta que había empuñado por largo tiempo las riendas del Estado, tornaron á agitarse las discordias, admirablemente reprimidas hasta entonces en el imperio, que fué disputado entre diferentes príncipes en el transcurso de dieciocho años. Constancio y Galerio habían sucedido con el título de augustos á Maximiano y á Diocleciano: el primero, mayor en edad, continuó gobernando la Galia, la España y la Bretaña con una suavidad generosa y modesta; quería, según su dicho, que fueran sus súbditos ricos más bien que el Estado. Cuéntase (4) que Diocleciano le envió un día quejas porque no había oro en caja: Constancio invitó á los diputados á volver dentro de unos días para darles respuesta; en aquel intervalo informó á los principales habitantes de sus provincias de como necesitaba dinero, y se lo llevaron á porfía. Poniendo entonces de manifiesto aquellos tesoros á los enviados, les rogó que explicaran á Diocleciano como era el más rico de los cuatro príncipes; solo que depositaba aquellas riquezas en manos del pueblo, reputando su amor por el tesoro más seguro y abundante de un soberano: después de la partida de los diputados volvió á enviar el dinero á aquellos á quienes pertenecía (303). En lo más sañudo de la persecución dió asilo á los cristianos, cuya gratitud le ensalzó hasta las nubes. Si hemos de dar crédito á Eusebio, aconteció que Constancio, fingiendo querer perseguir también á los cristianos, intimó á los oficiales del palacio y á los gobernadores optar entre su fe y sus empleos. Algunos por haber abjurado, oyeron sus reconveniones y fueron destituidos, en atención á que habiendo sido traidores respecto de Dios, debían hacer traición al príncipe más fácilmente; y al revés, otorgó su confianza y los empleos superiores á aquellos que habían escuchado la voz de la conciencia con preferencia á sus intereses. Por un rescripto que insertó en el código, merecería ser adoptado por los que han sacado de allí tantas tiránicas leyes: rechaza los libelos anónimos «no habiendo manera de concebir sospechas de un ciudadano que no tiene acusador, aunque no le falte un enemigo» (5).

(4) EUSEBIO, VIII, 13, 17, y *Vida de Constantino*, II, 13.

(5) Código Teodosiano, lib. VI., de *famosis libellis*.

Maximino Daxa.—Por el contrario Galerio, hombre valeroso, si bien astuto y arrogante, pasa por haber puesto en planta ruines artificios para determinar á Diocleciano á perseguir á los cristianos, y para hacerle abdicar enseguida. Maximino, su sobrino, tosco en sus palabras y en sus obras, gobernó en calidad de César el Egipto y la Siria; Severo, otro César, el Africa y la Italia: Galerio, que dominaba á aquellos dos príncipes, sus hechuras, y á Constancio, cuya salud era delicada, se lisonjeaba de ser único soberano del imperio y de transmitirlo á su familia; pero en los hogares de su colega había nacido el que debía desbaratar sus proyectos.

Constantino I.—Constancio había casado en primeras nupcias con una mujer de condición obscura, si bien en extremo piadosa, llamada Elena (27 febrero 274), en quien tuvo Constantino, dándole á luz probablemente en Naiso, ciudad de la Dacia. Ora fuese por contemplaciones á su nueva esposa, ora por desconfianza de ella, envió su hijo á la corte de Diocleciano. Seducido éste por las cualidades no comunes de aquel mancebo, gallardo, generoso, afable, cuyo ardor juvenil templaba una varonil prudencia, haciéndose querer del pueblo y de los soldados, cuidó de que le educaran con esmero. Galerio concibió celos, y cuando Diocleciano tuvo que nombrar otros cesáres, prescindió de Constantino con gran disgusto de las legiones. Ascendido á agosto tuvo siempre en él fijos sus ojos, y le hubiera dado muerte á no tener miedo al ejército, que le era favorable, y si por otro lado no hubieran abortado sus traidores proyectos. Habiendo llamado Constancio cerca de sí á su hijo, le opuso mil obstáculos Galerio; mas pudo libertarse de ellos, y habiéndose unido á Constancio, hizo venturosamente en su compañía la guerra en Bretaña á los pitios y á los caledonios (305).

A la muerte de Constancio (25 de julio de 306), fué saludado Constantino emperador por los soldados, y según costumbre, dirigió al otro agosto, así como á los cesáres su propia imagen con las insignias del imperio. A pesar de la cólera que abogaba á Galerio, se decidió á enviarle la púrpura, por evitar la guerra civil, dándole solo el título de César, y á Severo el de agosto.

Majencio.—Entretanto las crueldades de Galerio, su larga ausencia, y un encabezamiento general de las riquezas de todos, hecho con un rigor que recurría al tormento para obtener la confesión de los bienes ocultos, habían determinado un levantamiento general en Italia (29 Octubre). Majencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, se hizo proclamar agosto. Algunos han creído que había sido supuesto por su madre; por lo demás, feo, vicioso, aborrecido, ganó á la guardia pretoriana á fuerza de dinero. Prestáronle ayuda y apoyo los romanos con la esperanza de librarse de Galerio, los paganos con la de restablecer el antiguo culto. Salieron entonces Maximiano de su retiro, volvió á sentar su mano en los negocios, y recibió en cali-

dad de colega de su hijo los homenajes del pueblo y del Senado (307).

Severo acudió desde Milán para refrenar á aquellos usurpadores, pero su ejército que en un tiempo había obedecido á Maximiano, se pasó á las filas de su emperador antiguo. Hallóse de consiguiente asediado en Rávena y obligado á ceder la púrpura á su rival, que le prometió la vida y se la arrancó luego. Tranquilo por aquel lado Maximiano, quiso asegurarse la amistad de Constantino; dióle, pues, en matrimonio á su hija Fausta con el título de agosto (1.º de Marzo de 307). Entre tanto había penetrado en Italia Galerio; pero viendo la inmensidad de Roma, ó más bien la constancia con que ella empleaba sus riquezas contra el que quería arrebatárselas, no osó ponerle asedio y se retiró, desconfiando luego de las disposiciones de su ejército: retrocedió camino, causando más destrozos que hubieran podido hacer los mismos bárbaros.

Licinio.—Viéndose Maximiano menos considerado de lo que había presumido, aspiró á suplantarlo á su propio hijo; pero engañado en su esperanza, se encaminó á donde estaba Galerio, según unos, para excitarle contra Majencio, y al decir de otros, para acechar la ocasión oportuna de venderle. Sea como quiera, Galerio dió por sucesor de Severo á Licinio, dacio, amigo suyo, como él valeroso é ignorante, y hasta enemigo del saber, y además avaro, y á pesar de su vejez, libertino. Al saber esta noticia Maximino que gobernaba, ó más bien oprimía el Egipto, tomó también el título de agosto. Véanse, pues, seis emperadores presidiendo los destinos del mundo: Constantino y Majencio en Occidente; Maximino y Licinio en Oriente; Galerio que tenía de su parte á los segundos; y detentados en su deseo de venir á las manos solo el miedo que tenían unos de otros. Repelido Maximiano por Galerio, se refugió cerca de Constantino, y depuso la púrpura nuevamente; pero quiso volverla á tomar al poco tiempo.

Muerte de Maximiano.—Aprovechándose del instante en que Constantino estaba ocupado en combatir á los francos, esparció la noticia de su muerte, abrió el tesoro de Arlés, y á fuerza de larguezas invocando gloriosos recuerdos, sublevó á los galos y tendió la mano á Majencio. Pero Constantino se presentó inmediatamente y le sitió en Marsella, y luego que le tuvo en sus manos, solo le permitió elegir el género de muerte (310).

Menos infortunado Galerio que su colega, dividió su existencia entre trabajos de utilidad pública, placeres y crueldades. Habitado á la sangre por sus persecuciones contra los cristianos, mostraba en general tanta barbarie, que se tenía por feliz el que, condenado á perecer, era decapitado sin ninguna agravación de pena. Envidioso de la sabiduría y de la independencia desterró á los jurisconsultos, á los abogados, á los literatos, é hizo que fallasen en los juicios los guerreros, completamente extraños á las leyes. Mas se vió devorado por úlce-

ras vergonzosas y por repugnantes insectos, sin que pudieran proporcionarle alivio los médicos que enviaba á menudo al suplicio, ni Apolo ni Esculapio, á quienes no cesaba de invocar un solo punto.

Muerte de Galerio.—Creiendo que el cielo le castigaba por la persecución contra los cristianos, la suspendió por un edicto promulgado en su nombre, en el de Licinio y Constantino, y murió al poco tiempo (311).

Maximino acudió desde Oriente para ocupar sus provincias; y no se dió menos prisa Licinio para oponerse á este proyecto. Al fin celebraron un convenio que les dió por límites el Helesponto y el Bósforo de Tracia; pero aquello era una transacción de enemigos. Con efecto, las riberas fueron cubiertas de tropas. Licinio solicitó la amistad de Constantino, Maximino la de Majencio, y fatigados los pueblos del delirio de los príncipes, permanecieron en una ansiosa expectativa.

Valeria, hija de Diocleciano y viuda de Galerio, se había retirado cerca de Maximino, que enamorado de ella, le ofreció su mano, repudiando á su esposa: al oír su negativa concibió tanto odio en contra suya, que la desterró á los desiertos de la Siria con su madre. Se excedió hasta el punto de castigar con la muerte á sus amigos y á las personas que estaban á su servicio. Jamás pudo conseguir de él Diocleciano que llegasen á consolar su ancianidad su esposa y su hija.

Majencio tiranizaba el Africa y la Italia: un emperador más que surgió de aquella provincia, le suministró ocasión de llevar allí la matanza, de entrar á saco Cirta y Cartago, y de prolongar los suplicios y las confiscaciones. Sus locas prodigalidades agotaban á Roma y á la península. Exigía en multiplicadas ocasiones donativos voluntarios de parte de los senadores, desencadenaba su cólera contra ellos á la menor sospecha, á la par que deshonoraba á sus mujeres y á sus hijas por la seducción ó por la violencia. Obligó al gobernador de Roma á que le cediera Sofronia, su esposa; pero ésta, virtuosa y cristiana, pidió algunos instantes para vestirse de una manera conveniente, y se quitó la vida después de haber orado. Los soldados á quienes consentía que imitaran su ejemplo, robaban, mataban y violaban: uno recibía de Majencio la casa de campo de un senador, otro su esposa, mientras él se ocupaba de magia en un voluptuoso palacio; procuraba leer en las entrañas de las mujeres ó de los niños, y se jactaba de ser el único emperador, figurando los otros como sus tenientes. El contraste hacía resaltar más la ventura de que gozaban las provincias gobernadas por Constantino que, protegidas contra los bárbaros, había experimentado algún alivio con la disminución de los impuestos. A la noticia de que Majencio reunía un ejército numeroso para arrebatarse el imperio, bajo pretexto de vengar á su padre, le tomó la delantera y marchó sobre Italia, aguijoneado por el pueblo y el Senado, que le llamaban á redimir á la antigua reina del mundo.

Majencio, que cifraba toda la confianza en sus

soldados, se esforzaba por mantenerse adictos. Había reorganizado los cuerpos de los pretorianos y armado á ochenta mil italianos, agregándoles moros de Africa y además sicilianos, lo cual hacía ascender á ciento setenta mil infantes y á dieciocho mil caballos las fuerzas de que disponía (6). Constantino no juntaba más que noventa mil infantes y ocho mil caballos. Habiéndoles distribuido en los puntos que eran necesarios para la defensa de su territorio, solo pudo hacer que le siguieran cuarenta mil soldados. Pero eran hombres escogidos, valerosos contra los robustos germanos, y tenían á su cabeza un caudillo experimentado, que se había hecho amar por ellos.

Mientras su escuadra atacaba la Córcega, la Cerdeña y los puertos de Italia (312), traspuso él los Alpes Cocios, y por el Mont-Cenis entró en Susa, antes de que Majencio supiera que había abandonado las orillas del Rin. Después de apoderarse de esta ciudad á viva fuerza, halla en las llanuras, donde resbala el Dora, un cuerpo de tropas italianas, cargados de hierro sus hombres y caballos, y lo aniquila. Entra en Turín, después en Milán y se le rinde á discreción Verona, apenas había vencido á Pompeyano, que le defendía hábilmente.

Muerte de Majencio.—Durante este tiempo se hacía ilusiones Majencio ó se aturdira en medio de los placeres; por último, sus oficiales se decidieron á hacerle presente la inminencia del peligro. Fué puesto un tercer ejército en pie de guerra, y él tomó el mando bien á pesar suyo, avergonzado de los gemidos de la muchedumbre, y alentado por esta respuesta ambigua de los libros sibilinos: *En este día perecerá el enemigo de Roma*. A nueve millas de esta ciudad se encontraron los dos adversarios en un lugar llamado *Saxa rubra*. Majencio vió su ejército hecho pedazos, y fugitivo él, cayó desde el puente Milvio en el río Tíber. Así terminó Constantino la guerra á los cincuenta y ocho días de su salida de Verona.

Dueño de Roma exterminó á cuantos pertenecían á la familia del tirano; pero se negó firmemente á ceder á los clamores de la muchedumbre dando muerte á los principales partidarios de Majencio. Puso término á la crueldad tan luego como no fué necesaria, olvidó lo pasado, licenció á los pretorianos y destruyó su campamento. Fueron rechazados los delatores, y se hallaron consolados aquellos á quienes había oprimido Majencio. En dos meses, dicen los panegiristas de este soberano, quedaron cicatrizadas las llagas abiertas por seis años de tiranía.

Restituyó al Senado su brillo, y obtuvo en cam-

(6) Romagnosi (*De la índole y factores de la civilización*, p. II, c. 2, párr. 2) adoptando la opinión de algunos, representa á Majencio como una oposición armada en sentido nacional. He investigado cuidadosamente en qué podía fundarse esta opinión, y no le he hallado ningún fundamento.

bio toda clase de honores. Entre los emperadores ocupó el primer puesto: se le erigió un arco de triunfo que todavía subsiste: se dedicaron á su nombre muchos edificios empezados por Majencio; y omitimos hablar de las brillantes fiestas que atrajeron de fuera infinita muchedumbre. Constantino dió por esposa su hermana al emperador Licinio; y habiéndose negado Diocleciano á asistir á las ceremonias del matrimonio, le escribieron los emperadores cartas concebidas en tan áspero tono, que tal vez fueron causa de acelerar su muerte. Constantino marchó en seguida (313) contra los francos, que reunían fuerzas para atacar el imperio, y habiéndoles anticipado, devastó su territorio haciéndoles gran número de prisioneros, muchos de los cuales fueron arrojados á las fieras.

Muerte de Maximino Daza.—Entretanto no aflojaba Maximino en sus persecuciones contra los cristianos, que miraban como un castigo del cielo el hambre y la epidemia que desolaban las provincias, así como la guerra de la grande Armenia, que se sublevó porque el tirano quiso estorbar el culto del Dios verdadero (7). Vino á parar á una abierta ruptura con Licinio, que le había inspirado recelos, y á quien acometió con arrojo; pero completamen-

(7) EUSEBIO, IX.

te vencido, huyó hasta Capadocia, y asaltado de horribles dolencias murió en Tarsos (1.º de mayo de 313).

De este modo Licinio y Constantino quedaron dueños, el primero de todas las provincias de Oriente, el segundo de todas las de Occidente, pudiendo preverse que pronto habría un rompimiento entre ambos; y no tardó. Constantino derrotó á su rival en la Panonia y en las llanuras de la Tracia (8 de octubre de 314) y luego le concedió la paz, que duró algun tiempo; pero habiendo perseguido Constantino á los sármatas y á los godos en derrota hasta el territorio de Licinio, se renovaron las quejas y la guerra fué su resultado. Nuevamente batido Licinio cerca de Adrianópolis vió destruida en el estrecho de Galópolis su escuadra (3 de julio de 323), no quedándole más arbitrio que solicitar la paz que le fué concedida.

Muerte de Licinio.—Informado Constantino de que volvía á levantar tropas y de que hasta á los bárbaros llamaba en su socorro, le previno en sus proyectos, derrotándole tan completamente, que no vió otro medio de salvación que el de arrojarle á las plantas del vencedor y deponer la púrpura. Constantino le acogió bondadosamente, fué su voluntad que se sentara con él á la mesa y le envió á Tesalónica con toda clase de miramientos: poco después mandó ahogarlo; y así se halló reunido el imperio bajo la vigorosa mano de Constantino.

CAPÍTULO XXVI

EDAD HEROICA DEL CRISTIANISMO (1)

Cuéntase que al marchar Constantino contra Majencio á Italia suspendió su atención y la de todo el ejército un verdadero prodigio; pues se le aparecien-

ron encima del sol y en forma de cruz dos radiantes líneas con la siguiente inscripción en letras de fuego: *Vencerdís con esta señal* (ταυτην νικησ). Reve-

(1) Véanse: BOLLANDI Y HENSCHENI.—*Acta sanctorum quotquot orbe coluntur*. Amberes, 1643-1694. La edición interrumpida por la Revolución, fué continuada en Bruselas por los jesuitas y actualmente (1883) llega á todo el Octubre.

MOSHEIM.—*De rebus Christianorum ante Constantinum Magnum commentarii*. Helmstadt, 1753. *Dissertationes ad hist. ecclesiasticam*. Altona, 1767.

BARONIO.—*Annales ecclesiastici a Christo nato ad annum 1198, cum critica Pagii*. Luca, 1738-57; 38 tomos en folio. Esta edición comprende la continuación de Raynaldo hasta 1565 y la de Pagi con las correcciones de Manso y Georgi.

LE NAIN DE TILLEMONT.—*Memorias eclesiásticas de los seis primeros siglos*. París, 1693, 16 tomos en 4.º. Llega hasta el 513.

TOMMASINO, *Veteris et novae Ecclesiae disciplina*.
MAMACHI, *Origines et antiquitates Christianorum*; 4 tomos.

MONTFAUCON, *Bibliotheca Patrum*; y el extracto hecho de ella por GUILLON, *Bibliotheca selecta de los santos padres de la iglesia griega y latina*.

MABILON, *Acta Sanctorum etc.*
PETAVIO.—*De ecclesiastica hierarchia*. Amberes, 1700.
J. DEVOTI.—*Juris canonici universi publici et privati, libri quinque*. Roma, 1827.

AUGUSTO, *Archeologia cristiana*; 5 tomos (alemán).
CELLIER, *Historia de los escritores eclesiásticos*.

CAVE, *Historia literaria de los escritores eclesiásticos*.
BINGAM, *Origines ecclesiasticae*, lib. IX.

ALFONSO CIACCONIUS.—*Vita ei res gesta pontificum romanorum, et S. R. E. Cardinalium ab initio nascentis Ecclesiae usque ad Clementem IX; ab A. ADOINI recognita*. Roma, 1676-77.

BLAS UGOLINI.—*Thesaurus antiquitatum sacrarum*. Venecia, 1744-69.

FLEURY. *Historia eclesiastica*. París, 1691-1720; en 20 tomos. Llegó hasta 1414, y Fabre la continuó hasta 1595. Fleury escribió también *Costumbres de los cristianos*.

NATALIS ALEXANDRI.—*Historia eclesiastica*. París, 1699, y Venecia, 1750. Llega hasta el siglo XVI.

BERAULT BERCASTEL.—*Historia de la Iglesia*. París, 1778; 24 tomos. Va hasta su tiempo.

GIUS AGOST. ORSI.—*Historia eclesiastica*. Roma, 1748; 20 tomos. Comprende los seis primeros siglos y la continuó hasta 1585 BECCHETTI. Roma, 1770.

Es muy precioso el *Liber pontificalis*, biografía de los papas, desde S. Pedro á Martin V, escrito en gran parte por contemporáneos. Atribúyase la primera serie á Anastasio bibliotecario en el siglo IX, pero se ha probado que ese libro se remonta lo menos al año 514, tomando parte en las cuestiones que entonces dividían á Roma y á la Iglesia entre eutiquianos, nestorianos, etc. Además de las vidas, deben estudiarse en ella la historia del exarcato de Rávena y de los príncipes de la señoría papal.

Preparó de esta obra una edición Jorge Waitz en los *Monumenta de Pertz*, otra el abad Luis Duchesne en la *Colección de la escuela francesa de Roma*, y de la cual publicó una amplia información. Hizo sobre el *Liber pontificalis* un importante estudio, que luego dió margen á útiles discusiones.

Pontificum romanorum vita ab aequalibus conscripta; editado por J. M. WATTERICH. Leipzig, 1862.

Regesta pontificum romanorum, editada por PH. JAFFÉ.

Las completa y continúa ahora D. J. V. PFLUGK-HARTUNG. *Acta pontificum romanorum inedita*. Stuttgart, 1881; 2 tomos.

DOELLINGER.—*Gesch. der christlichen Kirche*. Landshut, 1833 y sig.

GISELER.—*Manual de la Historia eclesiastica* (alemán). Bona, 1827; 3 tomos. Es protestante. El citado Döllinger, hizo un manual católico.